

(...) y se corría a ochenta kilómetros por hora hacia las luces que crecían poco a poco, sin que ya supiera bien por qué tanto apuro, por qué esa carrera en la noche entre autos desconocidos donde nadie sabía nada de los otros, donde todo el mundo miraba fijamente hacia adelante, exclusivamente hacia adelante.
Julio Cortázar, "La autopista del sur".

- Para, Cosme, que bajo y compro un refresco en la gasolinera. Me asfixio con este calor.

Cosme, imprimiendo un vigor desconocido a su mirada, tornó la cara hacia Angelines y la dejó petrificada en el asiento. La mano derecha de ella, que ya se elevaba tímida hacia la manilla de la puerta, retornó a su regazo empañada en sudor y arena. Hacía mucho tiempo que no veía asomar semejante expresión en la cara de su marido.

Por primera vez desde que habían salido del aparcamiento, Cosme abrió la boca. Se retuvo por un instante y echó a hablar con pausa, espaciando las palabras:

- Tú te estás quietecita. De este puto coche no se mueve nadie hasta que lleguemos a casa. ¿Querías playa? Pues toma playa...

Ella calló y, enfadada, desvió la mirada hacia su ventanilla. La había sorprendido esa repentina arrancada de Cosme; no estaba acostumbrada a que su marido le llevara la contraria. La última vez que se atrevió a levantarle la voz, allá por las fechas en que le quedaba algo de pelo y las mujeres todavía veían en él a un hombre, ella le había metido una buena somanta en plena calle. Desde entonces, no había dudas de quién llevaba los pantalones en casa.

Cosme volvió a mirar al retrovisor y comprobó que la cola de coches se perdía más allá de su vista. Por delante, la procesión de vehículos avanzaba a velocidad de nazareno. Deseó alcanzar al menos el fresco cobijo de un túnel que se encontraba a un centenar de metros. Pero nada; seguían parados y el termómetro marcaba ya treinta y cinco grados. Angelines había empezado a oler.

Por un instante, Cosme odió a una mujer que, con paso fondón, les adelantó por el arcén mientras cargaba con la compra realizada en un hipermercado cercano. La veía lanzar miradas escudriñadoras a los pasajeros que se cocían a fuego lento dentro de los coches. Parecía que estuviera buscando algo, quién sabe si una víctima. Por suerte, aquella mujerona, con sus mallas resudadas y su camiseta sin mangas, pasó de largo.

La fila arrancó por fin. Cosme metió primera y el coche avanzó lentamente. No tardaron en alcanzar a la vaca con alforjas y, para desesperación de Cosme, en ese momento la marcha de la fila se ralentizó hasta coincidir exactamente con el andar adiposo de la gorda. Casi podía oír el chapoteo de sus pechos rebosantes a cada paso. Cosme sintió náuseas.

- De la playa, ¿verdad?-, mugió de repente la peatona, mientras acercaba el morro a la ventanilla abierta de Angelines-. Todos los sábados ocurre lo mismo: si hace buen tiempo, en cuanto cae la tarde, la carretera se atasca. La gente lleva tiempo pidiendo que desvien el tráfico fuera de la Villa, pero los políticos, ya se sabe...

- No hay derecho, desde luego-, respondió Angelines,

que parecía haber encontrado alguien con quien desahogar su cabreo. Cosme estaba a punto de apretar el botón para subir las ventanillas.

- ¡Anda cada pájaro! Pero, si le soy sincera, a mí me viene de perlas. Como vivo sola y no tengo coche, aprovecho estos días para hacer la compra. Siempre encuentro alguien con quien charlar mientras vuelvo y, con un poco de suerte, a veces hasta me llevan a casa. Pero, por supuesto, esto no quiero que se lo tomen como una sugerencia...

Cosme temió lo peor. Quiso pellizcar a su mujer, pisarle un pie, algo, pues sabía lo que ésta iba a responder de un momento a otro. Y lo hizo.

- Desde luego. Perdóneme que no se lo haya ofrecido antes. Suba, mujer, suba. ¿Verdad, Cosme? Le puede dar algo andando tan cargada con este bochorno.

Cosme estuvo tentado de pegar un volantazo, pisar el acelerador y escapar a toda velocidad por el arcén. Pero otra vez se contuvo y frenó; de nuevo era su mujer quien volvía a tomar la batuta. La invitación a aquella mujer había sido la forma sutil de vengarse por la bronca anterior.

Visto y no visto, aquella Gracia de Rubens, con sus redondeces infinitas, se desparramó en el asiento trasero. La pituitaria de Cosme tardó pocos instantes en adivinar una de las mercancías contenida en las bolsas: una buena sarta de chorizos rezumantes. La atmósfera del coche se adensó en un segundo y se pobló con los últimos aromas que faltaban para completar el espectro de los olores del cerdo.

La hilera de coches seguía su marcha lenta y alcanzaron por fin el ansiado túnel. Cosme aprovechó para embriagarse por unos segundos con el aroma a gasoil y orines de la oscuridad; frente a la peste del coche, le supo a perfume. Enseguida abandonaron ese oasis y Cosme descubrió ante sí una recta despejada, sin una sombra, que se le antojó interminable. Al fondo, donde la carretera y la fila de coches hacían un recodo, columbró unos semáforos y algo que parecía una concesionaria de automóviles. El sol abrasaba cada vez más, aplastando el techo del vehículo sobre su calva. El volante le quemaba. Se sentía a punto de desvanecer cuando, de repente, lo despertó el golpe.

Ebrio por el tufo y la temperatura, Cosme se había dejado ir el coche hasta colisionar con el de adelante. Había sido un momento de despiste, apenas un segundo, pero el ruido de añicos y metales retorcidos le hacía presagiar que la cosa había sido seria. Cosme, en toda su diminuta insignificancia, se apeó titubeante del automóvil mientras el otro conductor hacía lo propio con ademán asesino. Lo vio venir hacia él como un toro bravo cuando pisa la plaza.

Cosme tan sólo alcanzó a distinguir los vidrios desparramados por el asfalto antes de que aquel energúmeno, agarrándolo por las solapas, se cagara por primera vez en su madre.



- ¡Animal! ¿Se puede saber dónde leches tienes los ojos? ¡Fíjate en lo que me has hecho!

Cosme quería ver el desaguisado, pero los continuos zarandeos de aquella bestia no se lo permitían.

- Lo siento...-, balbuceó.

- Y más que lo vas a sentir. ¡Mecagüentumadre!-

Decididamente, el insulto preferido de aquel mastuerzo consistía en mentar a la madre.

Lo que vino después fue lo esperado. Ambos conductores, tras aplacar algo los ánimos, orillaron sus vehículos en el arcén y rellenaron los papeles del seguro. Mientras esto ocurría, Cosme se achicharraba y sentía sobre su cogote las miradas burlonas, llenas de malicioso regocijo, de todos los conducto-

res que pasaban junto a él. Para colmo, tras un rápido cálculo, supo que el arreglo de su coche le iba a costar el sueldo de todo un mes. Maldita fuera la hora en la que Angelines había decidido ir a la playa aquel día...

Cosme volvió al coche. La gorda seguía allí; jamás se le habría ocurrido marcharse. Aquella vez, además de taxi, había tenido la suerte de tener circo y sabía que todavía le esperaba lo mejor. Y así fue; a Angelines le faltó tiempo para empezar a increpar a su marido.

- ¡Pareces bobo! ¿En qué estaría pensando yo para casarme con este calamidad? ¿No has visto cómo frenaban todos los coches?

- Eso, no digas nada, mejor así... ¡Calzonazos!, que eso es lo que eres, ¡un calamidad y un calzonazos!

Cosme estrujaba con fuerza el volante, conteniéndose por no hacer algo a lo que cada vez le costaba más resistirse. Cada una de las palabras de su mujer la sentía como una bofetada que lo encendía por dentro más y más. La pasajera, mientras tanto, asistía complacida a la escena. A Cosme se le hacía intolerable mirar al retrovisor y encontrarse con aquella mirada vacuna.

Entre reproches e insultos, el automóvil fue enfilando la avenida de una ciudad gris, sembrada de semáforos. A la izquierda, varios niños que jugaban en un desangelado parque de granito señalaban el coche con el dedo y reían al ver las abolladuras del frontal. El parachoques se arrastraba por el asfalto con estrépito de carraca. A la derecha, un río putrefacto exhalaba fétidas vaharadas que, sin embargo, Cosme dudaba si atribuirles a flatulencias de su indeseada pasajera.

Cosme presentía que iba a estallar de un momento a otro. Sin fortuna, buscaba una forma de liberarse de aquella pestilente ratonera en la que se había convertido su coche, pero era en vano. Se ahogaba. Angelines, envalentonada por el silencio de su marido, había redoblado la virulencia de sus insultos. El calor y el tufo se masticaban. La gorda no pudo elegir peor momento para abrir la boca:

- ¡Huy, qué despiste!

- ¿Qué le ocurre, buena mujer? -preguntó Angelines-. No hace más que rebuscar entre las bolsas.

- No me van a creer, pero me parece que me he olvidado el bolso en la consigna del hipermercado...

El silencio duró un par de segundos. Exactamente el tiempo que Angelines tardó en dirigir la mirada a su marido y calcular que lo que se disponía a hacer volvería a dejar las cosas claras entre ambos. Ella mandaba.

- No se apure. En un instante damos la vuelta y vamos a recogerla. ¿Verdad, Cosme?

"Basta". Fue lo último que las dos mujeres acertaron a escuchar de labios de Cosme antes de que éste diera un giro imprevisto al volante, tensara el cuádriceps derecho para empujar hasta el fondo el acelerador, enderezara veloz el rumbo hacia la barandilla del río podrido y, tras escucharse un estruendo de chapas y cascotes, el coche levitara por un segundo antes de zambullirse para siempre en la cenagosa libertad.